

COMERSE UN MELOCOTÓN

Memorias

DAVID CHANG



PLANETA
GASTRO

CON GABE ULLA

COMERSE UN MELOCOTÓN

Memorias

David Chang
con Gabe Ulla

Traducción de Carmen Ternero Lorenzo



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Publicado originalmente por Clarkson Potter bajo el título *Eat A Peach*.

© David Chang, 2020

© de la traducción: Carmen Ternero Lorenzo

El editor no tiene ningún tipo de compromiso ni acuerdo comercial con ninguna de las marcas que aparecen en este libro.

Primera edición: febrero de 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Planeta Gastro es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-08-25130-9

D. L.: B. 15.998-2021

Impresión: Liberdúplex

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

SUMARIO

Prólogo	11
Parte I	
Cuesta arriba	15
Capítulo 1	
Hojas de Té.....	17
Capítulo 2	
Una decisión racional	31
Capítulo 3	
Fuera del pozo.....	57
Interludio	
<i>Sobre la adicción al trabajo</i>	67
Capítulo 4	
Ejercicios de confianza	71
Capítulo 5	
Las vías del tren.....	81
Capítulo 6	
La hora mágica	95
Capítulo 7	
Agua caliente.....	113
Capítulo 8	
Ko-Boom	127
Capítulo 9	
Te matará, y después trabajará contigo	139
Capítulo 10	
Gracias, señor, ¿Podrían ser tres?	145

Capítulo 11	
Los europeos	151
Parte II	
Abajo y vuelta a subir.	163
Capítulo 12	
Higos en un plato	165
Capítulo 13	
Cómo mantener la compostura	171
Capítulo 14	
Oportunistas	177
Capítulo 15	
Treinta y cinco.	185
Capítulo 16	
Lucky peach.	193
Capítulo 17	
Hyung	203
Capítulo 18	
Ese no soy yo.	211
Capítulo 19	
Comida rápida y villanos asiáticos	219
Interludio	
<i>Grace</i>	229
Capítulo 20	
Lo que ves y lo que es	233
Capítulo 21	
Puntos débiles	249
Capítulo 22	
Como las langostas	257
Capítulo 23	
En la costa oeste	267

Capítulo 24	
Un nuevo capítulo	281
Epílogo	289
33 reglas para ser chef	291
Agradecimientos	315

CAPÍTULO 1

HOJAS DE TÉ

En el norte de Virginia había mucha nieve. Cuando las nevadas eran fuertes, mis hermanos mayores y Thomas, su amigo finlandés que vivía en nuestra calle, organizaban un curso improvisado de *luge* y se tiraban con el trineo desde lo alto de la colina pasando por delante de nuestra casa. Cuando alguien me pregunta por mi infancia, eso es lo primero que recuerdo.

Cuando no nevaba, Thomas y mis hermanos hacían carreras de coches por la misma cuesta. Yo digo «coches», pero no eran más que unas cajas de madera con ruedas en las que solo cabía una persona. Las pocas veces que los niños mayores me invitaban a jugar con ellos, daba saltos de alegría. Thomas, que me sacaba unos diez años y treinta y seis kilos, nos empujaba dando una carrerilla antes de saltar a la caja desde atrás, y yo siempre iba aplastado delante.

Una vez, cuando tenía unos siete u ocho años, se me ocurrió levantar las piernas como lo harías con los brazos en una montaña rusa. No sé cómo lo hice, pero la izquierda se me quedó atascada entre las ruedas delanteras, que tiraron de mí, me levantaron del asiento y terminé debajo el coche. Thomas me pasó por encima y siguió colina abajo.

Lo siguiente que recuerdo es estar tumbado en el sofá amarillo del salón, con mi madre, mi hermana y mi abuela dando vuel-

tas a mi alrededor. El tratamiento era el siguiente: cada media hora me embadurnaban la rodilla con un misterioso unguento amarillo y rojo, me levantaban como si fuera una marioneta e intentaban que diera algún paso, pero no había forma, cada vez me dolía más y no paraba de llorar.¹

Mi padre llegó del trabajo y me miró como si nunca hubiera visto a nadie lesionado. Me ordenó que me levantara del sofá y caminara. Pero yo seguí llorando.

Al ver que no conseguía curarme a base de órdenes, me metió de mala gana en el coche y me llevó a un acupuntor coreano, que me llenó de agujas de la cabeza a los pies. Yo hice lo que mejor sabía hacer: seguí llorando. Mi padre estaba cada vez más frustrado. Estaba convencido de que el dolor estaba dentro de mi cabeza y que el único remedio era sacarlo de allí.

—Anda.

Al cabo de unos días, perdió el interés. Mi madre, que siempre ha sido el poli bueno, aguantó todos mis llantos y siguió poniéndome el unguento, aunque no sirviera para nada. Me llevó a un pediatra de McLean que me hizo una radiografía de la pierna. Tenía una fisura en forma de rayo que me cruzaba casi todo el fémur.

El médico me curó la pierna y nos fuimos a casa, donde la vida siguió adelante sin que se volviera a mencionar el accidente.

En aquella época, mi padre era el perfecto coreano que se mantiene completamente ajeno a todo lo que no sea la América coreana. Sí, nos regañaban y castigaban por la menor travesura o si teníamos malas notas, pero no era un mero amor duro. Es un amor que se percibe como algo absolutamente condicionante. Lo malo del término «crianza tigre», que ha entrado en el vocabulario general en Estados Unidos, es que le da un nombre atractivo a lo que no es más que una experiencia dolorosa y desmoralizadora. Además, alimenta la idea de que todos los niños asiáticos son bue-

1. Era muy llorón. Cada vez que los amigos de mis hermanos querían reírse, me hacían llorar. Me decían algo así como que mi mamá se había ido para siempre, e inmediatamente me ponía a llorar. ¡Cabrones!

nos estudiantes gracias a sus padres. Pues ¿sabes qué? No es verdad. No todos nuestros padres son «tigres»; la «crianza tigre» no funciona siempre, y no a todos los niños asiáticos les va bien en el colegio. De hecho, no hay nada que identifique a todos los niños asiáticos. Muchas veces, ser joven y asiático en Estados Unidos implica una lucha multiforme contra la homogeneidad.

Un año antes del accidente, mi padre me dijo que no podía seguir siendo ambidextro (que era una de las pocas habilidades naturales que poseía y de la que me sentía orgulloso) y que tendría que usar la derecha a partir de aquel momento. Le preocupaba que el ser zurdo pudiera echar por tierra una posible carrera como golfista. Y ya está, asunto arreglado. El precio que había que pagar por cuestionar su autoridad siempre era mucho más alto que tragarse y aguantar.

La dinámica de nuestra familia dejaba mucho que desear, pero también tenía su lado bueno. Como mis padres siempre estaban trabajando, los que de verdad me criaron fueron mis abuelos maternos. Eran muy cariñosos y me mimaban tanto que a veces hasta parecía cómico. Mi abuela me llevaba a caballito mientras cocinaba y me daba de comer pequeños trozos de pescado seco que me cortaba con las tijeras o bocaditos de batata hecha al fuego. Mi abuelo venía de una familia adinerada que lo había perdido todo durante la ocupación japonesa de Corea. Era uno de los muchos hombres a los que prácticamente les habían lavado el cerebro para que se consideraran japoneses.² Solía llevarme en autobús a comer sushi a un pueblo cercano.

Hablando de comida, la historia que más les gusta a mis padres de cuando yo era chico tuvo lugar durante una cena en el restaurante chino al que solíamos ir en las ocasiones especiales, el Wu's Garden de Vienna, Virginia. Debí de ser más o menos cuando me rompí la pierna. Mis hermanos mayores no estaban aquella noche, seguramente porque habrían ido a la iglesia. Cuando vi que ya estábamos acabando, les pregunté a los mayores si

2. Para poder entender mejor a lo que me refiero, te aconsejo *Pachinko*, de Min Jin Lee.

iban a llevar comida para ellos. Me dijeron que no hacía falta, que mis hermanos ya habrían comido dondequiera que estuviesen. La cosa debería de haber quedado ahí, pero yo no entendía cómo es que nadie se preocupaba por ellos si no podían estar seguros de que hubieran comido. De forma que empecé a dar vueltas por toda la mesa, recogiendo torpemente las sobras que quedaban en los platos de los mayores y poniéndolas en el mío para llevármelo a casa. Los mayores se rieron mucho.

Estas son todas las historias de comida que recuerdo de mi infancia. Mi madre cocinaba muy bien, mucho mejor de lo que yo creía entonces. De niño me daba vergüenza cómo olía nuestra cocina y la pinta que tenían nuestros platos coreanos. Por eso, cuando Sherri Chang no estaba, me alimentaba a base de palitos de *mozzarella* o pollo, comida precocinada de Hungry-Man Dinners, burritos al microondas, quesadillas y fideos instantáneos de *ichiran ramen* y *shin ramyun*. Era el precio que tenía que pagar por quedarme solo en casa mientras mis padres trabajaban, pero a mí no me importaba.

En general, me las apañaba bien: hacía taekwondo y jugaba al baloncesto con mis hermanos mayores, las reuniones familiares eran frecuentes y agradables, y tenía un buen grupo de amigos. Era un niño del montón, completa y oficialmente de la media. En mi colegio había un programa para encontrar estudiantes «dotados y talentosos» y, si destacabas, conseguías una plaza en el Thomas Jefferson, uno de los institutos más prestigiosos del país. Todo mi grupo de amigos entró. Todos, menos yo. Solo hubo otro niño asiático de nuestro colegio al que no admitieron, Brian Zhu. Pero Brian Zhu, no me cansaré de repetirlo, era un tonto.

Se mire como se mire, yo no era buen estudiante. Nunca llegué a superar la nota media en los exámenes de acceso a la universidad. Me ponía tan nervioso que me pasaba casi todo el tiempo preocupado por lo que pasaría si sacaba malas notas, en vez de estudiar. Me gradué en el Trinity College (el instituto que estaba más lejos de casa, en el que pude entrar), y con una de las notas más bajas de mi clase: 2,78/4.

Como ya he comentado antes, mi padre se enfadaba. Pero no cambiaba nada. Por más que quisiera agradecerlos a mi madre y a él, era totalmente incapaz de hacerlo. Y lo que pasa cuando vives con un «tigre» al que no puedes complacer es que te pasas la vida asustado. Día tras día, y hora tras hora, te sientes incómodo con tus padres.

Te estoy contando todo esto porque de eso van las memorias: son hojas de té, una selección de historias que predicen la persona que llegaría a ser. Pero no quiero insistir demasiado en este tipo de anécdotas. Hay gente que ha sobrevivido a situaciones mucho más dolorosas y a padres más exigentes. Si eres de la primera generación de niños asiáticos en Estados Unidos, lo más seguro es que ahora mismo estés pensando: «Lo que tú digas, tío».

• • •

Los inmigrantes coreanos suelen acabar en dos sectores de la sociedad muy distintos, y por norma general incompatibles: si no son médicos o abogados, montan una lavandería o una tienda de alimentación. Pero, independientemente de cuál sea su trabajo, son muy religiosos.

En mi familia, todos vendían biblias o trabajaban en negocios relacionados con la religión, como la imaginería y cosas por el estilo. Tengo primos a los que nunca he visto porque se dedicaban a difundir por el mundo la palabra de Cristo. Antes de emigrar a Estados Unidos, la madre de mi padre fue una de las primeras en convertirse al cristianismo en Corea. Por como yo la recuerdo, debía de medir alrededor de un metro cuarenta, aunque no lo puedo asegurar porque siempre llevaba vestidos *hanboks* que le llegaban hasta el suelo y no se le veían los pies. Sin embargo, a pesar de su estatura, su presencia impresionaba. Llevaba grabado en la cara el dolor y el estoicismo del que ha visto demasiado sufrimiento en el mundo. Yo me hice cristiano para no decepcionarla.

Éramos presbiterianos. Nuestra iglesia tenía un acuerdo con una granja en la que podíamos comprar fruta y dulces caseros. Hoy en día es una de las mayores congregaciones coreanas de Estados Unidos, pero en aquella época teníamos que esperar hasta la

tarde para asistir al servicio; se sobreentendía que los blancos utilizaban aquel mismo lugar para el culto de la mañana.

Entre mi abuela, mis padres y mi hermana me bombardearon con la religión. Yo no me oponía, pero recuerdo que, al ver a mis padres y a sus amigos, pensaba: «Si todo eso es verdad y lo único que importa es el más allá, ¿por qué no salimos todos los días al campo a intentar traer más gente al redil? ¿Por qué estamos aquí sentados organizando barbacoas?».

Con eso no quiero decir que mi familia no fuera militante. Como para muchos otros inmigrantes coreanos, la iglesia era el centro de nuestra vida diaria. Era el eje de la comunidad, el ancla espiritual que aportaba seguridad en el nuevo país. Mis padres nos hacían estudiar la Biblia en casa. Rezaban todas las noches. Mi hermana traía a su grupo juvenil a casa todos los fines de semana. Nos pasábamos todo el domingo en la iglesia: primero, el servicio coreano con nuestros padres, luego el servicio inglés con los jóvenes, y después el estudio de la Biblia. Yo veía cómo los miembros de mi familia pasaban de estar como una cuba el sábado por la noche a someterse al temor de Dios a la mañana siguiente. Cada vez que había una reunión familiar, ya fuera por Acción de Gracias, Año Nuevo o un cumpleaños, nos pasábamos dos horas estudiando la Biblia. Bueno, por lo menos, la comida siempre estaba bien.

Durante los largos viajes en nuestro monovolumen Chrysler de paneles de madera sintética, oíamos cintas sobre la Revelación que, pensándolo bien ahora, no eran más que discursos de radicalización. El final siempre acechaba. Estaba rodeado de religión por todas partes, todo el tiempo, y durante una época me consideré creyente. Me tomaba la escatología muy en serio, aunque la falta de convicción de otras personas me hacía dudar. Durante las oraciones familiares siempre estaba mirando de reojo para ver quién se estaba escaqueando.

Poco a poco me fui sintiendo más capaz de preguntar: «Pero ¿por qué?». Supongo que eso es algo importante para la persona que llegaría a ser, aunque, al fin y al cabo, ¿no es lo que hacen todos los niños? Un domingo hubo una sesión de estudio a la que trajeron un tablero de fieltro con unas figuritas recortadas

para ilustrar cómo todos los que están en el cielo pueden mirar hacia abajo para ver a los no creyentes en el infierno, y por primera vez me sentí desorientado al pensar que alguien pudiera arder eternamente por no aceptar a Jesucristo como su señor y salvador: «O sea, ¿me estás diciendo que estaré bien mientras crea? ¿Y cómo sabes si de verdad creo? ¿Lo único que tengo que hacer es repetir unas palabras? ¿Cómo sabe Jesús si las digo de verdad? ¿Y qué pasa si vives aislado y no tienes ni idea de quién es Jesús? ¿Te vas al infierno?».

Todo aquello me parecía una locura.³

Con el paso del tiempo, mi escepticismo se convirtió en pura rabia. Mi hermana Esther se llevó la peor parte, pero se lo buscó ella solita. Tenía ocho años más que yo y, como ya sabía que no iba a conseguir que mis hermanos mayores fueran tan devotos como ella, se concentró en mí. Después del instituto, fue al seminario y se encargó de todo el grupo juvenil. Hasta fue misionera en Mongolia. Cuanto más intentaba echarme el anzuelo, más me apartaba yo. Los viernes por la noche me escondía entre las estanterías del almacén de artículos de golf de mi padre para no tener que participar en el servicio presbiteriano de los jóvenes. No la soportaba por todo aquello, y cuando me fui acercando a la adolescencia, empecé a mandarla al carajo.

Estuve en un internado jesuita, la escuela preparatoria Georgetown Prep,⁴ donde me enteré de que la iglesia presbiteriana des-

3. De alguna manera me emocionó cuando, en 2018, el misionero americano John Allen Chau consiguió llegar a la isla Sentinela del Norte, donde hay una tribu que vive totalmente aislada, sin ningún tipo de comunicación con el mundo exterior, y que durante cientos de años ha dejado bien claro su deseo de permanecer aislada. Él fue allí sabiendo que podía morir por su proselitismo, y eso fue exactamente lo que pasó. Los sentineleses lo mataron por la intrusión. Este chico se había hecho las mismas preguntas que yo, y le preocupaban tanto que no podía dejar que alguien ardiera en el infierno solo porque no hubiera oído hablar de Cristo. Si todos los que me rodearon de pequeño se hubieran atendido a sus convicciones como lo hizo Chau, seguramente seguiría siendo uno de ellos. Fue un plan absolutamente estúpido, pero lo admiro por su compromiso y dedicación.

4. El mismo colegio al que fueron, una década después, PJ, Tobin, Squee y Justice Brett Kavanaugh.

cedía de la católica. Parecía un terraplanista viendo el planeta desde el espacio por primera vez. Yo no tenía ni idea de que una iglesia pudiera venir de otra. Todo eran creaciones humanas, productos políticos, no divinos.

Me sentí apartado desde el principio. El primer día de clase me di cuenta de que había un alumno en la puerta intentando entrar. Se lo dije al profesor y me contestó gritando:

—¡JUG!

—¿Qué es JUG?

—¡Dos JUG!

«*Judgment Under God*», o «Juicio de Dios», era una falta. Interrumpir la clase para ayudar a un compañero era una ofensa que merecía un JUG. Si te ponían un JUG, llegabas tarde al fútbol, por lo que te obligaban a correr al principio y al final del entrenamiento, con lo que te ganabas otro JUG por llegar tarde a cenar, lo que se traducía en otro JUG y un nuevo castigo: hacer una redacción sobre Dios, sostener en la mano una Biblia durante un tiempo totalmente absurdo o limpiar las papeleras del campus. Cada día en aquella escuela era otra vuelta más al mismo círculo perpetuo.

Ya sé que todo el mundo suele sufrir emocionalmente en el instituto por algún motivo, pero a mí aquel lugar me dejó una huella que todavía estoy intentando borrar. De niño destacaba jugando al golf, lo que me brindó toda una serie de posibilidades. Cuando la Georgetown Prep se interesó por mí, mi padre me mandó allí. Aunque estaba cerca de mi casa, era como estar a años luz del mundo que conocía. A los alumnos se les consideraba los mejores de los mejores, que era otra de las razones por las que decidí ir, pero nunca me sentí integrado. Uno de mis primos segundos, que también estaba en la escuela preparatoria, una vez me dio una paliza de cojones porque no me quería unir a la camarilla de los coreanos. No era lo suficientemente asiático como para juntarme con los otros asiáticos, pero tampoco era lo bastante listo o buen estudiante como para estar con nadie más. Todo aquel ambiente de superioridad me hizo ser terriblemente consciente de mi inferioridad. Allí, todo era una lucha para mí, excepto las clases de

religión. En aquella época leía tanto la Biblia que hasta podría haber dado yo las clases.

Más tarde, en el Trinity College, tenía pensado orientarme hacia Economía, Estudios asiáticos o Filosofía, pero muy pronto descubrí que para eso tendría que seguir las clases presencialmente. Fui cambiando las asignaturas principales cada semestre hasta que me quedé en Religión, porque todavía me parecía fácil y me gustaba leer sobre las religiones que no eran cristianas, como el taoísmo, el judaísmo antiguo y el hinduismo de los Vedas y el Bhagavad Gita, y también sobre la idea del budismo mahayana de que uno se debe identificar tanto con el sufrimiento del mundo como para decidir no alcanzar el nirvana y poder regresar como otro espíritu para ayudar al mundo. Aquello tenía sentido para mí. Los estudios religiosos me llevaron a los textos filosóficos de Platón, Kant, Nietzsche y todo lo que se suele estudiar en la universidad. Fui a todos los cursos que impartieron Ellison Banks Findly y Howard DeLong.

Me propuse aprender todo lo que pudiera sobre religión, en parte para ser capaz de imponerme cuando discutía con Esther. En mi segundo año, cuando me fui a estudiar a Europa, nos encontramos en Suiza. Hacía bastante tiempo que no nos veíamos. Tendría que haberle dicho que me sentía atraído por el budismo o explicarle que por fin me había dado cuenta de que mi verdadero camino estaba en el humanismo secular. Pero la seguridad de Esther en sus propias creencias me enfureció. No es que presumiera de ello; fue más bien que su absoluta convicción me exasperó y, en un arranque de cólera, me sentí dueño de la razón.

Yo iba preparado para soltarle todo lo que había aprendido sobre la sabiduría del mundo en dos años de universidad. Le dije que, si su Dios omnipotente había permitido el hambre y el dolor, a Stalin, Pol Pot y el genocidio, prefería reinar en el infierno que servir en el cielo. Y lo rematé diciendo que, si hubiera vivido hace dos mil años, seguramente yo también habría crucificado a los cristianos.

No creo que ella nos viera como combatientes. La batalla solo estaba en mi cabeza.

• • •

Cuando tenía unos nueve o diez años, nos mudamos de McLean a Vienna, Virginia, un cambio que resultó ser todo lo traumático que mi infancia podía llegar a ser. La casa solo estaba a veinte minutos al oeste, pero en una zona principalmente rural, con más vacas que personas. Hasta entonces, yo había seguido una rutina firmemente consolidada: compañeros del colegio de lunes a viernes y otros niños coreanos y los amigos del barrio los fines de semana. De pronto, mi agenda social, siempre tan apretada, se quedó vacía.

Ya os podéis imaginar que correr por los bosques de Wolf Trap Park durante los años que siguieron al traslado me ayudaron a usar la imaginación. Pasar tanto tiempo sin amigos y sin mis padres, que estaban trabajando, implicaba jugar solo: fuertes, pistolas, videojuegos y Transformers. La verdad es que no me aburría.

Nos mudamos porque mi padre quería estar más cerca de su tienda de golf de Tysons Corner. A principios de los ochenta, mi padre había abandonado su carrera en la hostelería para sumarse a un grupo de empresarios coreanos que se unieron para monopolizar el sector de las ventas de artículos de golf en el área D. C.

Sí, mi padre trabajaba en la restauración, aunque no me parece un dato muy relevante. Como dije antes, no me gusta dar demasiada importancia a estos detalles de la infancia. Cocinar y servir comida es lo que suele hacer la gente en Estados Unidos cuando no tiene muchas opciones. Como muchos padres inmigrantes, el mío se dedicó a trabajos manuales con la esperanza de que sus hijos no tuvieran que hacerlo. Al contrario que sus amigos de la comunidad local coreana, Joe Chang no poseía una carrera prestigiosa, no había estudiado Medicina ni Economía. Según la familia, había podido ir al instituto en un pequeño pueblo minero de Kentucky después de colarse en la oficina del registro y modificar sus notas. Su familia era muy dinámica. Su madre había sido prestamista en Corea y él creció sufriendo el hambre en los años de la posguerra. Mi padre abrió una tienda de *delicatessen* y con el tiempo llegó a tener un restaurante en el Press Club de Washing-

ton, D. C. Lo que sí es interesante, y más o menos irónico, es que mi padre nos prohibió explícitamente seguir sus pasos. Él nunca se sintió capaz de mantener a la familia hasta que salió del sector de la restauración.

¿Qué te parece eso como hoja de té?

Volviendo a los empresarios y su plan sobre el golf, entre todos decidieron que cada uno se ocuparía de una zona diferente de Washington D. C. Al ser el que menos estudios y capacidad económica tenía, Joe Chang se quedó con Tysons Corner; y los más acomodados se lanzaron a por Potomac, Bethesda y Silver Spring.

Tysons Golf Center empezó como una especie de Price Club de golf. Estaba escondido en la parte trasera de un hangar de acero enorme e inhóspito que era prácticamente imposible de encontrar si no habías estado allí antes. Dentro había una alfombra verde bastante cutre y unas cajas de cartón llenas de artículos de golf, ya que la idea era que todo lo que mi padre se ahorrara en decoración, se lo ahorraría el cliente.⁵ Mi madre empezó a trabajar en la tienda, al tiempo que nos criaba a nosotros cuatro. Yo también pasaba mucho tiempo en la tienda haciendo varias cosas, desde trabajar en el almacén hasta atender en la caja.

Lo que sigue da prueba de hasta qué punto todo puede cambiar. Nadie podía imaginarse que el Tysons Corner pudiera llegar a convertirse en una tienda de moda del área D. C. y, sin embargo, en cuestión de pocos años eso fue exactamente lo que pasó. A Eddie Pak le gustó la ubicación del negocio de mi padre. Joe Chang era un trabajador incansable, un hombre convencido de que podría cambiar la realidad a base de fuerza de voluntad y trabajo, y la suerte se puso de su parte. La suerte puede con todo.

Y yo también tuve suerte. Mi padre quiso que aprendiera a jugar al golf cuando tenía cinco años y, como dije antes, se me dio realmente bien durante un tiempo. Era todo un prodigo. Al prin-

5. Mi padre prescindía de todo lo superfluo. Era el tipo de hombre que pedía lo que iba a tomar incluso antes de llegar al restaurante, y luego pedía la cuenta mientras comía.

cipio, nunca necesité estudiar ninguna estrategia ni trabajar ningún aspecto específico del juego. Un día mi padre me dijo que iba a jugar al golf y lo hice mejor que todos los demás niños. Tenía un golpe impresionante, y me salía de forma natural. Parece idiota diciendo esto, pero es imposible decir que se es bueno jugando al golf sin parecer idiota.

Todo esto fue antes de que aparecieran Tiger, Vijay, Michelle Wie y K. J. Choi. El golf era un deporte en gran parte dominado por blancos, y un lugar extraño para un niño coreano. Por otra parte, viajar por el sur para participar en los torneos me ayudó a conocer una parte de la cultura americana que no veía en la periferia de Washington D. C. Descubrí el estofado Brunswick, los filetes camperos y la salsa de ojo rojo. Y conocí a otros niños del golf, con los que me lo pasaba muy bien. Estábamos muy unidos por aquel deporte que no molaba nada, pero que se nos daba genial.

En mi momento álgido, un canal de televisión coreano envió a un equipo a Virginia para que me siguiera durante una semana mientras jugaba los torneos locales. Debía de parecer un puñetero engreído. El golf era mi talento principal, lo primero por lo que todo el mundo me elogiaba, y yo me lo creí. Me encantaba derrotar a los demás.

Gané los torneos consecutivos del estado de Virginia cuando tenía nueve años. Ganaba a todos los niños de mi grupo de edad y del siguiente. En un campamento de verano de golf les gané a todos los del instituto y logré que ganara nuestro equipo entre los vótores de la multitud. Estaba totalmente concentrado en el golf. En aquella época, los torneos juveniles de golf estaban abarrotados de padres asiáticos gritándoles a sus hijos desde los laterales. Mi padre fue un pionero. Predicaba la palabra de Ben Hogan, que estuvo a punto de morir en un accidente de tráfico y ganó el Abierto de Estados Unidos al año siguiente.⁶

6. A mí me fascinaba Bruce Lietzke, que parecía que no practicaba nunca y siempre jugaba en el menor número de torneos posible. Siempre se clasificaba, pero no había ganado ningún mayor.

Me pasaba 360 días del año jugando o practicando con mi padre, mis hermanos o uno de mis dos entrenadores. En invierno, cuando no podía estar fuera, me pasaba los días lanzando contra una red mientras una cámara grababa mis movimientos. Practicaba hasta que se me formaban ampollas, que luego explotaban y sangraban.

Puesto que no era un golfista profesional, a nadie le sorprenderá que todo aquello terminara. Cuando empezaba a acercarse el momento de ir a la escuela secundaria, me encerré en mis propios pensamientos y allí me quedé. Los niños a los que solía vencer empezaron a alcanzarme y superarme. Yo era como un pateador que en los entrenamientos es impecable, pero luego pincha cuando realmente cuenta.

Con ocho o nueve años, cada vez que no jugaba bien en un torneo, mi padre me obligaba a sentarme con él para analizar cada uno de los errores que había cometido, identificar los tiros que debería haber hecho e insistir en que podría haberlo hecho mejor. Mi juego empezaba a desmoronarse, pero él creía firmemente que solo tenía que concentrarme más. Le oía decir a la gente: «Dave no soporta que los otros sean mejor que él». Richie Yu adquirió gran importancia en aquella época. Mi padre me comparaba constantemente con Richie, un fenómeno conocido a nivel nacional que se hallaba en la cumbre del nivel *amateur*. Se clasificó para el PGA Tour cuando tenía dieciséis años, y era esencialmente todo lo que yo no podía ser. Ser más como Richie Yu era una cantinela constante en casa. Cuando coincidí con Richie Yu un par de décadas más tarde, le dije que había arruinado mi infancia. Estaba bromeando, aunque no del todo.

Lo que hasta entonces me había dado una identidad, y por lo que se me valoraba, se estaba desvaneciendo. Cuando llegué a la Georgetown Prep, ni siquiera podía formar parte del equipo para el que me habían reclutado. Era un caso perdido. Llegué a odiar el golf.

«El golf es un diez por ciento físico y un noventa por ciento mental», solía decir mi padre. Para mí, la conclusión era mucho más sencilla: no era lo bastante bueno.

La vergüenza que sentía me acompañó durante mucho tiempo. De todas formas, al igual que hago con muchos otros aspectos de mi infancia, no suelo darle mucha importancia. Pero no porque duela, sino porque se supone que uno no debería obsesionarse con algo que no funcionó.

¿No?